

PABLO F. ROJAS

LAS MUJERES DEL POLICÍA



Las mujeres del policía

Pablo F. Rojas



Dirección editorial: Natalia Hatt

Fotografía: Pablo F. Rojas

Rojas, Pablo F.

Las mujeres del policía / Pablo F. Rojas. - 1a ed - Paraná : Autopublicarte, 2021.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-8332-50-5

1. Crímenes. 2. Novelas de Suspense. I. Título.

CDD A863

© 2021 Pablo F. Rojas

© 2021 Autopublicarte

www.autopublicarte.com.ar

Todos los derechos reservados. Prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción total o parcial de esta obra, el almacenamiento o transmisión por cualquier medio, las fotocopias o cualquier otra forma de cesión de la obra sin previa autorización escrita del propietario de los derechos de autor.

ISBN: 978-987-8332-50-5

Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723.

25 de Mayo 838 1D, Paraná, Entre Ríos. Diciembre de 2021

TABLA DE CONTENIDOS

<u>SOMOS LO QUE SOMOS</u>
<u>DE ZORROS E INOCENCIA</u>
<u>UN DÍA DE AQUELLOS</u>
<u>EMBOSCADA</u>
<u>SUEÑOS ROTOS</u>
<u>SABUESOS Y AMORES</u>
<u>EL NEGOCIO</u>
<u>¿AMIGOS?</u>
<u>DOLOR</u>
<u>¡TE TENGO!</u>
<u>ENCUENTROS Y DESENCUENTROS</u>
<u>CABOS SUELTOS</u>
<u>LAS PUERTAS</u>
<u>¿CASTIGO?</u>
<u>ARTÍFICE DE SU DESTINO</u>
<u>SOBRE EL AUTOR</u>

*Dedico esta novela a mi esposa Roxana, por sus sueños
escondidos y su fortaleza sin igual. Para Annelise, ese
huracán de deseos y emociones.
Para Brisa, por enseñarme el significado de
perseverancia.*

*«Al contrario de lo que creían sus matadores, los leones
nunca tuvieron miedo a su destino en las arenas de los
circos romanos, desafiantes no querían dejarse morir sin
lanzar a todos un último rugido...»*

P.F.R.

SOMOS LO QUE SOMOS

Tomó el último sorbo de café y se detuvo a contemplar las letras doradas que tenía grabadas el pocillo: «JGM». Era hermoso, tal como él lo quería. Una taza de café con sus propias iniciales. Lo miró como buscando un detalle, sin importarle el incesante sonido que alcanzaba a percibir de los teléfonos en la oficina contigua, su secretaría privada, los que daban cuenta de que algo estaba ocurriendo.

Levantó la mirada y se encontró con la figura, siempre imponente, en el majestuoso cuadro del libertador de América montado en un corcel blanco que lo miraba juzgándolo. Su dedo índice señalaba un horizonte inimaginable y grandioso. Las montañas con picos nevados que rodeaban al jinete, acentuaban su magnificencia, a la vez que advertían desafiantes que solo ante él se doblegarían.

La mirada altiva, el rostro serio, la postura firme, la profundidad del iris que reflejara el coraje y la honestidad, eran los detalles más buscados en las pinturas donde se encontraba la imagen del hombre que, sin lugar a dudas, marcó en la historia de la Argentina la diferencia entre el querer hacer y el compromiso para lograr lo que se quiere.

Los despachos de todos los jefes superiores de la Jefatura de Policía de la provincia de Entre Ríos, cumpliendo con una vieja Resolución del año 1983, tenían en algún lugar la figura del Santo de la Espada, por lo que el jefe de policía era el primero en cumplir con las disposiciones establecidas teniendo una en el suyo, a pesar de que en su caso era lo que más aborrecía del mobiliario que poseía.

Recordaba una entrevista que tuvo con una docente, la cual, luego de mirar la hermosa acuarela, le había manifestado que

«lo grandioso en las figuras de San Martín era que se plasmaba, en cada una de ellas el reflejo y la presencia de una marcada moralidad, un ejemplo a seguir».

Moralidad... —murmuró en tono burlón al recordar el comentario aquel, dibujando en su sonrisa una muestra de ironía con tintes de marcado desprecio.

Mirando con fingida indiferencia la pintura fue interrumpido por esa misma sensación.

La maldita conciencia —pensó—, ya está.... Tomó su pluma, la colocó en el bolsillo interior izquierdo del saco corte Napoleón y llamó por el intercomunicador.

—Voy enfrente, no estoy para nadie —dijo y salió por la parte posterior de su despacho que daba a un loft en el cual estaba su dormitorio, y traspasando un pequeño hall, que separaba su despacho de las dependencias de la sub-jefatura, para no atravesar la secretaría, puerta que utilizaba cuando no quería ser visto.

Al cerrar el despacho miró por un instante al general.

—¡Cómo si vos nunca hubieras pecado! —susurró en secreto con profundo resentimiento.

Luego de bajar por la escalera caracol, se encontró con el puesto centinela interno que resguardaba el acceso en la puerta principal de la jefatura.

Era una mañana de abril, húmeda y tibia.

—Buen día, señor —saludó con voz firme el llamado Puesto N° 1.

—Buen día —murmuró.

Por costumbre miró el uniforme de la funcionaria, una agente femenina que se encontraba en el puesto. Borceguíes lustrados, pantalón y camisa negra, con chaqueta del mismo color, lo que indicaba que pertenecía

a uno de los cuerpos: la Guardia de Infantería Adiestrada, la cual tenía, entre otras funciones, la seguridad del edificio; distintivos pectorales y hombreras, le pareció todo acorde.

Bien, bien —reflexionó—, correcta la señora.

Se detuvo un instante en la misma puerta, dubitativo. Antes de pisar la vereda, levantó los ojos al cielo. La uniformada que se encontraba de puesto, bajó las escalinatas mirando en derredor, en busca de algo distinto que le llamara la atención y que representara peligro para su jefe. Pero sus preocupaciones eran infundadas, ya que se había detenido a contemplar las alturas.

Era llamativo el color del firmamento ese día. De un gris oscuro, pincelado de rojo carmesí, cual gotas de sangre pintadas sobre un pecho; en el norte de su horizonte, rojo intenso y amarillo matizado de rosado. Tan intenso eran los colores, que algún religioso podría haber pensado que el día del juicio final se estaba anunciando.

Bajó la mirada más rápido de como la había levantado. No pudo dejar de pensar en ese cielo como creyente. Lo sobrecogió una sensación de pesar.

Cruzó la calle mojada y resbaladiza. Miró la estructura del edificio que se le presentaba. Siempre con la cabeza forzadamente erguida, tanto como se lo permitía su contextura física. La Casa de Gobierno de la provincia de Entre Ríos, a esa hora de la mañana bullía de movimiento. No por el suceso policial ocurrido, puesto que la política siempre caminó sobre sangre barata, sino, y a juzgar por los rostros preocupados de algunos funcionarios, del constante bombardeo de los medios de prensa nacionales destapando continuos escándalos de corrupción. Nadie podía dejar de pensar, al contemplar la hermosa figura arquitectónica, en los titulares de algún diario nacional: «El Palacio de la Corrupción», haciendo alusión a la Casa Rosada y hacer una lógica comparación.

Entró como de costumbre, por la puerta ubicada frente a la Jefatura sobre la avenida Córdoba. Los cuatro escalones de la misma le parecieron esta vez muchos más.

—Jefe, ¿cómo anda usted? —El suboficial que custodiaba el ingreso se cuadró e hizo la reverencia policial. Su uniforme era impecable, era personal antiguo, de más de veinte años de servicio, por ello se tomó la libertad de dirigirse hacia el Jefe de Policía rompiendo la formalidad.

—Buen día, González... muy dolido por lo que pasó, es una verdadera desgracia —se adelantó a decir. Sabía que la noticia había corrido como el viento entre las filas policiales.

—Ya los vamos a agarrar a esos hijos de perra, la van a pagar —murmuró el suboficial, tomándose la libertad de expresarse por la situación, dejando claro en sus palabras y en su gesto, la sed de venganza.

Su jefe no lo miró, continuó sin prestarle atención a sus palabras. Avanzó por el pasillo y pasó frente al cajero automático, que el Banco BERSA tenía instalado en la Casa de Gobierno donde había varias personas. Escuchó como lo saludaban; contestó incómodo y sin detenerse.

Llegó finalmente al patio central y se dirigió junto al monolito del general Ramírez, sin preocuparse por protegerse de la llovizna que de tanto en tanto reanudaba.

El jefe de guardia, un joven oficial con la jerarquía de subinspector, anoticiado de su presencia, se apresuró a llegar.

—Jefe, buen día, custodia de Casa de Gobierno sin novedad

—cuadrado le brindó la venia policial.

Lo miró con detenimiento, se notaba el nerviosismo del Oficial. «Alguna vez fui tan estúpido como él», recordó los momentos en que, siendo muy joven en la fuerza, actuaba como aquel novato.

—Está bien oficial, estoy esperando al gobernador. Retírese.

Eran las once de la mañana, de un día viernes. Un día triste que sería recordado en la historia de la Policía de Entre Ríos. Varias personas miraban a ese hombre rechoncho, de

mediana estatura, espalda encorvada, nariz aplanada y pelo

canoso. Reflejaba su rostro el paso del tiempo por los amplios surcos de sus arrugas, donde se destacaba lo pronunciado de sus cejas. Vestido con atuendo de quien presta atención en cada detalle de elegancia. El máximo representante de la fuerza,

«Mister M», como lo llamaban, no pudo contener lo que su interior buscaba dejar escapar, y lanzó un largo suspiro. Llevándose su mano al pecho trató de controlarse, miró un punto en el vacío del amplio patio e intentó relajarse.

—¡Maldita sea! —exclamó con rabia.

Rabia de quien se encuentra acorralado por una fuerza superior a la que no puede presentar batalla. Rabia de quien lucha todos los días sabiendo que tiene que replegarse para combatir al día siguiente. Rabia de quien entiende que lo hecho, hecho está, y no se puede cambiar. Rabia de quien se da cuenta de que la propia conciencia es el enemigo más tenaz y su propósito último es acarrearle la completa derrota.

—¡Yo llegué!, qué mierda me importa. ¡Yo llegué! —murmuro para sí.

—Disculpe, señor, ¿le sucede algo?, ¿se siente bien? —dijo la mujer que lo había observado cuando cruzaba el patio.

—No... no, señora...estoy bien gracias —tartamudeó.

La mujer lo miró un momento, no tenía ni la menor idea de quién estaba parado frente a ella. Mr. M, trató de salvar el momento mostrando desinterés. La mujer prosiguió su camino.

Avergonzado por la situación, se apresuró a encender un cigarrillo.

—No puedo ser tan boludo, a esta altura ya debería estar acostumbrado.

Recuperado por la intervención de la imprevista mujer, miró a su alrededor y vio rostros conocidos que pasaban a su lado. Se apresuró a saludar con cara de circunstancia, por temor a que ya hubieran tomado conocimiento del hecho. La experiencia de quien lleva años fingiendo pesó más que la batalla en su interior.

Miró hacia el lado opuesto de la plazoleta, en dirección a calle México, y buscó en el bolsillo interior de su saco el atado de cigarrillos, cuando lo tuvo entre sus manos se sonrió mirando el que ya tenía encendido entre los dedos de la otra.

—¡Llegué! Al fin de cuentas y pese a todo y todos ¡llegué!

—se repetía para darse fuerzas.

Nadie pudo imaginar que aquel pibe vendedor de diarios, que hacía sesenta años atrás estaba cada día a las cuatro de la mañana en «Las Cinco Esquinas», estaría algún día a cargo de más de doce mil hombres y mujeres, los cuales vivirían a la sombra de sus caprichos.

Dos senadores de la oposición se le acercaron.

—¡Jefe!, cómo anda —dijo uno de ellos—, íbamos a verlo porque tenemos un par de ideas que queremos compartir con usted.

—¿Cómo andan, señores? Este... me van a tener que disculpar, pero por desgracia hemos tenido un hecho que nos conmociona a todos —fingió cobrando el aliento

con un suspiro profundo—. Otro día será, llámenme mañana por favor, estoy esperando al gobernador para darle algunos detalles.

—Está bien, disculpe... luego lo llamamos.

Je... como si yo no supiera que este boludo maneja las licitaciones y quiere que contratemos con la firma que tiene enganchada —pensó y sonrió.

Era una realidad, las licitaciones importantes de compras para la Policía, en lo que se refería a armamento, móviles y todo su equipamiento, es decir todas las que fueran de una importante suma de dinero, llamaba a las ratas que estaban siempre prestas a sacar jugosos porcentajes en conceptos de retornos. No obstante, en los tiempos que corrían y con lo allegado que era con el gobernador, su opinión tenía importancia en las decisiones. Lógicamente que, aprovechando el manejo siempre corrupto de las compras, rapiñaba su jugosa parte, no sin antes de tener el consentimiento de otro amigo suyo, el ministro de Gobierno de la provincia, de vital importancia para el enlace correcto entre la Institución y el Gobierno.

Mr. M, había recibido su apodo, por parte del primer jefe de Policía al que reemplazó, quien, en reunión con su plana mayor, dolido por su relevo dijo: «Jamás me avergonzaré de mis acciones, es lo único en lo cual me he empeñado toda la vida, jamás agacharé tanto la cabeza como lo han hecho otros para conseguir favores, de tal suerte que no se distinga la cabeza del tronco, olvidando de dónde vienen y tratando de ser «Mister» y no señores con dignidad».

Pero pese a su apodo, Mr. M, se encontraba una vez más como jefe de Policía, algo histórico en esa Institución, ya que era el primero en llegar por tercera vez a ese lugar. Lógicamente había podido coronar su anhelo gracias a la ayuda de su amigo personal, tal vez el único que tenía.

Se daba gracias a sí mismo por haber tenido la inteligencia de acercarse a quien, en aquel entonces, visitaba la Jefatura de Policía de Concordia, cuando él era un oficial ayudante, el primer eslabón de la carrera, un don nadie. Pero esa relación, a la que con el tiempo se sumaron favores primero pequeños, y luego, cuando aquel hombre había escalado más en el partido, crecieron en importancia.

Su dedicación a él, junto a la lealtad que demostró, la que le costó estar sindicado en un sinnúmero de ilícitos y actos de corrupción, que incluso le habían costado la separación de la fuerza, habían rendido su fruto, se había lavado su nombre, archivado o extraviado varios sumarios administrativos en su contra, y finalmente coronado su esfuerzo con la aspiración máxima de todo policía en carrera. Era desde hacía ya ocho años un hombre intocable.

El hecho de que era reconocido como amigo íntimo del gobernador de la provincia y del mismísimo ministro de Gobierno, no era solamente la clave del éxito que había tenido. Su experiencia anterior como policía, tras haber recorrido varias jefaturas departamentales le había posibilitado conocer a fondo lo principal de la Institución: sus hombres. Entender cómo pensaban, qué necesitaban, y cómo eran conformados.

Con estas herramientas, en su primera gestión otorgó innumerables ascensos, consiguió una buena recomposición salarial, lo que le brindó un amplio consenso entre las filas policiales. Su carisma como fraterno y benefactor sumado a una amplia sonrisa en los medios, consiguió el resto.

Por otra parte, gracias a pequeños favores en las filas, logró captar innumerables alcahuetes, los cuales le informaban quiénes estaban en su contra. A estos los

postergó en la carrera o anuló, utilizando las herramientas que tenía a su disposición.

A los más tenaces, a aquellos que vieron cómo era corrompida la fuerza, y cómo era utilizada por el poder político para sus fines; a los más inteligentes, los tontos idealistas, los combatió con una espada aterradora: el desprestigio y la difamación. Utilizando para ello los medios de prensa pagos y periodistas sin escrúpulos, facilitados por su benefactor. Solo había tenido que proporcionarles herramientas viles para sus comentarios y hechos trabajados para que se encargaran de difamar a estos audaces, como él los llamaba.

A quien se vislumbraba como un problema, ponía su conducta en tela de juicio públicamente a través de los medios. Uno tras otro los vio retirarse, incluso de las filas policiales, totalmente derrotados y humillados. Pudo lograrlo gracias a que la decencia sufre de un gran defecto que le juega en contra y que basta para dar al más moralista un golpe mortal: la vergüenza.

Los que permanecían en las filas de la Institución, aprendían la lección y comían de su mano como buenos perros caseros. Guardaban su orgullo entre los dientes, para tan solo ladrar ocultos en los rincones, viviendo la miseria de quien vive la vida con miedo.

La plana mayor de la Institución, los directores, habían sido cuidadosamente seleccionados. Algunos de ellos por favores recibidos, otros por su ignorancia, y otros tantos por su apetencia de poder, con los que le encantaba jugar, al fin de cuenta eran otros pobres tipos que pretendían llegar a su lugar. Pero a todos les demostraba siempre quien era el jefe.

Su experiencia a cargo del Comando le posibilitaba el resto, sumado al hecho de que la prensa, que pese a ser una espina en su costado en varias oportunidades, no lo tocaba.

—Un buen trabajo —se decía satisfecho reiteradamente.

Miró por segunda vez en dirección a calle Méjico y por fin vio la figura que buscaba. Estaba acompañado por cinco personas más, una de las cuales reconocía como su hombre de confianza, el Zurdo Losadas, quien en realidad era Agustín Rubén Losadas, en los prontuarios policiales, con sendos antecedentes de estafa, robo y defraudación. Sus hazañas y costumbres habían quedado en el olvido gracias a algunos manejos turbios, quedando solamente vestigios de ellos entre los policías y políticos más veteranos, quienes se cuidaban de no recordarlos, puesto que el Zurdo era conocido como un pesado, hombre a quien se le habían encargado trabajos de «limpieza» en el pasado. Su mirada profunda y fría, su silencio constante, daban cuenta de ello, a pesar de su cuerpo encorvado que hacía gala a su apodo más común «el Jorobado». Pese a su apariencia fúnebre, esto no era lo que más inspiraba respeto, sino su fama en el manejo del cuchillo. Integrante de la militancia en épocas duras, su lealtad y su silencio lo habían llevado a ocupar el actual lugar junto al máximo representante de la provincia. El Zurdo se encargaba de aquietar los temores sumiendo las palabras en silencio. Y quienes habían vivido en esas épocas no sólo tenían secretos que guardar sino también muchas veces sangre que lavar.

—Al fin de cuentas, todos tenemos un muerto en el placar

—bromeaba el gobernador, no sin ánimo de inspirar temor. Siempre fumando en su pipa, estaba Ismael Sanabria, abogado de poca monta, reclutado como asesor del gobernador,

astuto y capaz en resolver los innumerables problemas legales de Gobierno. Llamado comúnmente «el Piojo», porque tenía la habilidad de molestar a todo el mundo, sobre todo aquellos que eran marcados. Reconocido

mujeriego en «la Casa Mayor». El acostarse con varias oficinistas y secretarias de políticos del oficialismo y la contra lo mantenían al tanto de los comentarios que siempre podían interesar al jefe, los cuales eran aprovechados. Sus treinta años, cabello rubio, ojos verdes, más una hermosa y falsa sonrisa, lograban abrir las puertas más difíciles por caer en gracia o por ser deseado por tontas muchachas.

Los restantes integrantes de la comitiva eran funcionarios jóvenes de distintas áreas, perros falderos tratando de comer las sobras del banquete de la democracia.

Mr. M se acercó a ellos bordeando la fuente, fingiendo como el más grande artista, con rostro de consternación, llevándose las manos a los ojos como enjugándose unas lágrimas.

—Gobernador, tengo... una terrible noticia —dijo con voz trémula.

—¡Pero... por Dios!, ¿qué ha pasado? —exclamó el referente provincial al ver la cara del jefe de Policía—. Tranquilízate, contame bien qué pasó.

—Mataron un oficial... estaba de servicio adicional en el hipermercado de San Agustín, entraron a robar y lo mataron, tenemos también un agente femenino de la motorizada en el Hospital San Martín, están peleando por salvarle la vida.

El gobernador reaccionó sorprendido ante la frase.

—Dios mío, qué terrible... dame los detalles —dijo y volteándose al resto de los presentes les hizo un ademán con la mano, todos se marcharon, con excepción del Zurdo.

Tomándolo por los hombros y cambiando el tono de su voz exclamó:

—¡Cómo que mataron a un policía! ¿Qué carajos pasó?

—Algo salió mal, los informes no son muy precisos, el funcionario estaba cubriendo servicio de policía adicional, cuando varios sujetos ingresaron a robar al supermercado y ante la reacción del mismo lo mataron.

—¡Qué más, dale, che! —le solicitó.

—Parece que alcanzaron a sacarle la capucha a «uno», no sé bien a quién, me estará llegando más información en cualquier momento.

—¿Alguien lo vio? —dijo visiblemente molesto.

—No sé... creo que no, estoy averiguando, es lo que tengo hasta ahora.

—¡Putra madre, carajo! ¡Zurdo! —gritó volteándose a su acompañante—. Averiguá rápido qué mierda pasó y dame los detalles, vos también «M». La prensa nos va a caer encima enseguida. Pero tranquilo y como siempre... —Cambio el tono de voz con aire paterno—. Estas cosas pasan, es como en la guerra viste, algunos inocentes mueren, tranquilizate y llorá mucho ante las cámaras, vamos a sacar provecho de esto.

El primer representante de la provincia evaluaba lo sucedido en función de las consecuencias en los medios, más que como ser humano. La seguridad era sin lugar a dudas el primer escollo hacia su reelección.

Sin siquiera pensarlo, pero con la duda de quien hace algo incorrecto, miró hacia su alrededor. Mr M, contuvo la respiración al darse cuenta de lo que estaba haciendo y siguió recorriendo el entorno con la mirada, todas las personas estaban alejadas de ellos, pero ambos miraron un instante el monolito de Ramírez, el gran prócer de Entre Ríos, y bajaron la mirada.

Alguien los había escuchado.

Se retiró tomando al Zurdo por un hombro y hablándole al oído, no sin antes pedirle al jefe de Policía que se comunicara

«por la otra línea», haciendo referencia a la rotación de celulares que debían utilizar en esos casos.

La llovizna nuevamente comenzaba a caer.

Tendió el brazo tratando de callar el horrible bip... bip... bip... del reloj despertador. Luego de un par de intentos su mano logró alcanzarlo. Entreabrió los ojos en la penumbra de la habitación, iluminada ya por la luz tenue de la calle y la de los automóviles que se colaba por las hendidias de la persiana.

Qué horrible aparato, nunca me voy a acostumbrar, pensó rezongando para sus adentros.

—Levántate, mi amor, se te va a hacer tarde —sonó una dulce y soñolienta voz a su lado.

—Sí, princesa, seguí durmiendo. Ya me levanto.

Se sentó en la cama como todas las mañanas antes de ir a trabajar. Encendió la lámpara sobre la mesa de luz y se detuvo un momento a contemplar a su esposa. Esto se había convertido prácticamente en un ritual de su vida desde que la tenía a su lado.

¿Y cómo no hacerlo? Estaba locamente enamorado, tanto como la primera vez. Si para un hombre existía una sola posibilidad de encontrar el amor perfecto, una en un millón, él lo había encontrado. Daba gracias a Dios por haber sido agraciado con ese regalo del cielo.

No podía pedir más, a fin de cuentas, tenía una mujer hermosa a la que amaba a su lado, una hija que iluminaba como un sol su hogar, una profesión que había querido y logrado.

Acarició con suavidad los rizos negros mientras miraba la amplia y perfecta espalda desnuda. Las sábanas estampadas en color durazno llegaban ligeramente a cubrir las caderas de su amor. Su mano bajó por el largo

cuello recorriendo sin prisa su contorno y continuó hasta llegar a posarse en el hermoso y redondo glúteo. Detuvo su mirada donde su mano. Vio que ella se encontraba totalmente desnuda. Recordó con regocijo lo fascinante y bello que fue hacer el amor cuando se acostaron.

Absorto en esos pensamientos fue sorprendido por la tibia caricia de Sofía sobre su mano. Lenta y armoniosamente giró corriendo con sus estilizadas y trabajadas piernas las sábanas dejando todo su ser al descubierto, como el bailarín que despliega toda la sensualidad en sus movimientos tratando de cautivar la total atención de quien lo mira.

Los ojos de ambos se posaron en la inmensidad y el deseo que llevaban por dentro reflejados en el otro; mirada que fue el perfecto encuentro que encendió la pasión que guardaban el uno para el otro, que con el exquisito condimento del amor sólo puede ser comparada con el salto del alma tratando de alcanzar la eternidad.

Sus cuerpos se fundieron en uno solo. La ansiedad del él por guardarse como dentro de un capullo; ella por poseerlo como quien guarda egoístamente un tesoro solo para sí. La penetró con sutileza. Los labios buscaban el equilibrio justo de la ternura recubierta de desesperación, mientras regaban el ardor de las partes del cuerpo de su amor. Los gemidos venidos desde la cima del deseo marcaban un ritmo acompasado, mientras las manos recorrían descontroladas y avarientas el cuerpo del otro. Alocados por un apetito voraz, los movimientos pélvicos fueron subiendo en intensidad. Ritmos que más y más se aceleraban a pasos colosales hasta que, luego de una perfecta contención, llegaron al clímax final lanzando al unísono un gemido profundo y largo. Gozaron los espasmos al estremecerse por dentro, quedando unidos los cuerpos regados con una ola indefinida de goce y sudor. Entrecerraron sus ojos, no sin antes mirar los del otro y

repetir una frase que para ambos no era una costumbre, sino la promesa de entrega que se hacían mutuamente día a día: ¡Te amo!

Tomó un sorbo más del café negro endulzado. Revisó por enésima vez el impecable uniforme que tenía puesto. Tiró de la corredera de su Browning 9mm pasando un cartucho a recámara, bajó el martillo y la enfundó en la pistolera tipo saque rápido sin colocarle seguro. Comprobó la totalidad de munición en los dos cargadores secundarios y los colocó en los portacargadores individuales, sobre el costado izquierdo de su cinturón con la punta de los proyectiles en dirección a su ingle, modalidad de transporte que era utilizada por integrantes de Operaciones Especiales.

Por último, tomó el pectoral y leyó con orgullo propio la inscripción «Eduardo Alberto Sánchez», se sonrió mirando de reojo sus hombreras con dos rombos plateados que indicaban la jerarquía de oficial inspector, este último ascenso fue inesperado, abrochó el pectoral arriba del bolsillo derecho alineado con éste. Tomó la taza de café y caminó hasta colocarse en el umbral de la puerta de entrada a su dormitorio.

Madre e hija se encontraban acurrucadas de frente en la misma cama. Algo común, todas las mañanas, cuando Sánchez se encontraba vistiéndose para ir al trabajo, su adorada hija Marianela se cruzaba a su dormitorio para seguir durmiendo junto a su madre.

Esa pequeña estrellita, como decían con su esposa, era la locura de sus días, su reconforte constante, pese a los avatares de la vida diaria.

Marianela fue una bendición de Dios. El embarazo de Sofía había sido muy difícil y extremadamente riesgoso. Para no perderlo, y como consecuencia de un quiste en el

útero, debió guardar reposo durante los últimos cinco meses; pero pese a lo que ocurre en muchas parejas, este período, aunque sumamente prolongado, no los separó en absoluto, sino que sirvió para unirlos más aún.

Sánchez se hizo cargo de llevar adelante la casa, no descuidando ningún detalle, pese a estar destinado en aquel entonces en uno de los lugares más absorbentes que pudiera presentar la vida policial: el Cuerpo de Operaciones Especiales.

El entrenamiento intensivo era una exigencia a la que estaban sujetos los integrantes de esta Unidad Especial dentro de la fuerza policial.

La preparación consistía en el entrenamiento constante de las técnicas más avanzadas para contrarrestar situaciones de Crisis Especiales como la toma de rehenes y atentados terroristas. Para ello se les requería un estado físico óptimo al ciento por ciento. Entrenamiento en armas, comunicación, escalamiento, buceo, operaciones aerotransportadas, «combate a cuarto cerrado», técnicas de «CQC», entrenamiento nocturno, fueron las razones en esa parte de su vida. Dentro del COE. se encontraba la élite, que eran los integrantes de los «Pelotones de Asalto», conformada por los integrantes más capaces, lugar al que pudo llegar no sin un gran esfuerzo y convicción, después de un año de arduo trabajo demostrando a sus jefes de lo que era capaz.

Dos largos años estuvo como «líder», jefe de Pelotón, un trabajo riesgoso que despertaba las críticas de su esposa. Pese a ello, sentía orgullo por lo que había logrado y estaba en el lugar que había deseado desde que ingresara a la policía.

El noventa y cinco por ciento de los efectivos policiales jamás llegaría a conocer experiencias tan límites como las que conocían estos hombres.

Pero todo terminó cuando en el mes de febrero fuera trasladado, sin ser anoticiado con anterioridad, a la División Custodia Gubernamental, como custodio personal del gobernador de la provincia de Entre Ríos.

Pese a no haber deseado tal asignación la misma lo había satisfecho. Sabido era que los integrantes de la Custodia Personal del primer mandatario de la provincia, eran seleccionados por sus aptitudes y conocimientos, amén de que dicho destino era un codiciado puesto que traía consigo, con un buen desempeño, el ascenso al grado inmediato superior.

Pero tan pronto como estuvo en ese lugar, se dio cuenta de que no estaba hecho para el mismo.

La desilusión fue producto del choque con la cruel realidad, al ver a los gobernantes dar muestras día tras día de mezquindades y bajezas. El poder que detentaban solo era aprovechado para lucrar en cualquier tipo de situaciones. Los valores eran usados en sus discursos como las mentiras en una partida de truco, con la finalidad de sacar alguna ventaja de manera sistemática. Pese a ello eran señores, intachables detentadores de honestidad y trabajo. Bien rápido supo que no eran otra cosa que los modernos fariseos, producto de la necesidad y esperanza de la gente.

Pero no solo el choque con esta realidad lo había golpeado. Se convirtió en testigo de manejos turbios que llegaban a arreglos sucios. La cercanía al gobernador y su séquito fue desde el primer día un padecimiento constante, pero todo colapsó aquella noche...

¿Por qué subí? ¿Por qué me tocó a mí? ¿Por qué lo hice?, murmuró en voz alta y sin darse cuenta, absorto en sus penamientos. Repasó mentalmente lo ocurrido, como mil veces lo había hecho.

Ese día se había hecho sumamente largo. Estuvo acompañando al gobernador a la Dirección de Rentas

durante la mañana; al mediodía almorzaron en el Hotel Internacional con los delegados comerciales de Brasil; por la tarde, sin darle respiro, el mandatario los llevó a la ciudad de Gualeguaychú donde se entrevistó con distintos dirigentes políticos. Regresaron a la noche. La entrevista con el intendente de la ciudad de Paraná se prolongó pasada las diez, tiempo en el cual estuvo en una habitación ubicada a metros del despacho del primer mandatario reservada para la custodia, donde tomó solamente unos mates. Recordó, junto al oficial Muñoz, las peripecias del viaje, cosa que ambos odiaban, puesto que los choferes viajaban a una velocidad normal de ciento cincuenta a doscientos kilómetros por hora y siempre se jactaban de que jugaban a la ruleta rusa cada vez que salían en comisión oficial.

A las diez treinta de la noche, la secretaria del gobernador les anunció que se retiraban. Lo acompañaron hasta el patio central donde aguardaba la ex diputada Carnevalle, quien los saludó con una amplia y cordial sonrisa como era su costumbre. Pero esa amabilidad en el trato era engañosa. Había estado a cargo de la Secretaria de Desarrollo Social, popularmente conocida por estar comprometida con la corrupción imperante en el área de Asistencia Social. El descubrimiento de depósitos con alimentos vencidos enviados por la Nación, los cuales eran usados en épocas de campaña como proselitismo — manera corriente y moderna de soborno para captar votos — la habían puesto en el centro de atención de los medios. Supuso al verla por los recientes escándalos que tendría que dirimir los «arreglos» de tal situación. Caminaron junto a ellos hasta la entrada de Casa de Gobierno, por calle Santa Fe, cuyas grandes puertas habían sido testigos mudos de innumerables negocios obscenos.

En un momento dado, el gobernador le hizo señas.

—Traéme el celular que me olvidé en el despacho, después pueden retirarse a descansar, yo me voy con la señora — término que usaba solo haciendo referencia a su esposa.

Caminó por el amplio pasillo, a esa hora en penumbras. Recordaba que todavía quedaban algunas personas en la Secretaría del vicegobernador, lo cual era costumbre. No tomó el ascensor sino que siguió hasta las escaleras.

Al llegar a la Secretaría del despacho del gobernador, encontró a la secretaria guardando sus efectos personales dispuesta a retirarse. Era una mujer joven, de treinta años a lo sumo, lo cual siempre le había llamado la atención; puesto que a diferencia de otras secretarias de ministros, diputados y senadores que acostumbraba a tratar, ésta era afectuosa y cordial.

—¿Qué pasa ahora, Alberto?, ¡No me digas que vuelven, ya no doy más! Ni sé que voy a cenar esta noche, ¡Necesito vacaciones por Dios!

—No, Beti, me mandó a buscar el celular que se olvidó sobre su escritorio —le aclaró.

—Ah, ya cerré, pero no lo vi. Mirá, acá tenés las llaves, buscalo mientras llamo a mi esposo para que compre algo de comer —exclamó irritada.

Tomó las llaves y entró a la oficina. Miró sobre el escritorio de caoba colonial que daba el detalle de seriedad a la habitación. No encontró lo que buscaba. Le llamó la atención la computadora portátil encendida.

Jamás había husmeado documentación, y menos del propio gobernador, pero esa vez sintió curiosidad. Vio un listado, nombres de firmas y cuentas bancarias, con números en los casilleros subsiguientes los que evidentemente referían a los montos de depósitos realizados en cada una, se detuvo en el nombre de una de ellas «LIPTON SA». Esto fue lo que más le dio curiosidad,